por ellos los poderosos, los débiles... ¡imploraban por ellos los mismos jueces que los juzgaron, los propios acusadores, las víctimas!...

Y quien ejercitaba la alta prerrogativa, á impulso de no se sabe qué piedad, perdonó la vida de uno de los reos y denegó el indulto del otro.

Cuando llegó el perdón, los reos iban camino del patíbulo y, mientras uno de ellos regresaba á la cárcel respirando con ansia la nueva vida, ¡el otro devoraba su angustia camino de la muerte, exacerbado por aquella piedad cruel y risible!

LLAMAS BLANCAS

Por la espaciosa alameda han pasado tres hermanas de la caridad: marchan con andar

mesurado, hablan discretamente... La que va

en medio es alta, esbelta, muy hermosa... apenas pone atención á lo que dicen sus compañeras, mira al cielo abstraida...

He imaginado el poema de aquellas almas abrasadas de amor... Son blancas inmaculadas flores de los fatídicos campos de batalla, de los desoladores hospitales, de los desabrigados asilos... Son febriles amantes entregadas con ternuras infinitas á los divinos espasmos de la piedad... amantes encendidas de amor, que apasionadas estrecharon en sus brazos al agonizante soldado, al anciano desfallecido, al niño helado, pobre pajarito sin calor de madre... ¡Son dulces, tristes amantes que, desvanecidas al placer de ser buenas, bebieron en espirantes cárdenos labios los últimos besos á la vida!...

El amor divino á la Humanidad, abrasó y consumió en ellas el amor fecundo de los hombres... ¡llevan cenizas de amor en sus pe-

chos!... Al alejarse en la espaciosa alameda, sus blancas tocas flamean al sol y al aire ¡como llamas de amor que fueron rojas y se tornaron blancas, de puro intensas!